

LA SEDUCCION DEL MEDITERRANEO

Hace unos meses un médico alemán se negó a cobrarme los honorarios correspondientes a una consulta. Ante mi sorpresa, por tratarse de un desconocido, me indicó que hacía tiempo estaba deseando tener ocasión de hacer algún servicio a un español, porque en sus últimas vacaciones los españoles le habían descubierto un nuevo modo de vivir. Al parecer, el choque de la forma un tanto hermética de vivir de los germanos con la espontánea familiaridad de los insuleños de Ibiza había impresionado a este muniqués sincero, que confesaba no haberse podido antes figurar que fuese posible adoptar ante el mundo entorno una actitud tal de apertura rayana en la fraternidad.

Es sorprendente pensar que fronteras tan relativamente cercanas delimiten modos de vida tan diferentes e incluso dispares. De ahí la fecundidad que implican, a la corta o a la larga, los movimientos del pueblo. A lo largo de la Historia de Europa, múltiples entrecruzamientos de masas populares han aportado, tras una fase de desconcierto inicial, días de gloria a la cultura.

Aparte de las conmociones bélicas y las emigraciones masivas con carácter invasor, se fué imponiendo desde hace siglos, a despecho de las dificultades provocadas por la falta de medios adecuados de locomoción, la práctica de los viajes internacionales. Como es sabido, las corrientes fundamentales del pensamiento medieval van adscritas al desplazamiento de los pueblos. De ahí el preponderante papel desempeñado por las razas más andariegas e inquietas, como, por ejemplo, los musulmanes. Las grandes universidades promovían, asimismo, el intercambio cultural mediante la inserción en su claustro docente de grandes figuras extranjeras. Recordemos los frecuentes viajes del italiano Tomás de Aquino.

Tan sólo siglos más tarde se iniciaría una modalidad nueva de viaje internacional: el turismo. En los siglos XVII y XVIII, hombres esforzados se echaban a andar por los caminos de Europa atraídos por un ideal. Este ideal era casi exclusivamente Italia. Y se da el caso de que este viaje soñado, intensamente vivido, grabado a fuego en escritos que venera la historia de las bellas Letras, dividió en dos la vida de estos hombres señeros. Händel, Mozart, Goethe, Byron... dejaron constancia del poder de seducción

que ejerce la cultura de la vid y el olivo sobre el hombre nórdico. En pleno Romanticismo, Hölderlin acudiría a Grecia, y los hermanos Schlegel a España.

¿Qué busca en el Sur este tipo de hombre bien formado, retraído, voluntarioso y tenaz? Indudablemente, no es tan sólo la liberación soleada de la bruma nórdica, ni la simple evasión veraniega. Por encima y más allá de esto, lo que aquél busca en la claridad mediterránea es una actitud ante la vida, un *ethos* de equilibrio y serena visión.

Debido a múltiples factores, la cultura mediterránea es cultura de ágora, de plaza abierta a la luz y al diálogo. Tres de los fundadores del pensamiento occidental—Sócrates, Platón y Aristóteles—enseñaban al aire libre, y su doctrina es esencialmente una comunicación. No por azar, en la literatura mediterránea ahonda la forma dialógica, pues el hombre del Sur piensa que a la verdad no se llega a solas, sino en el esfuerzo comunitario de la colaboración. Por eso nuestras obras más representativas están dictadas por una actitud de hermandad con el ser, no de retracción, y ostentan, frente a todo afán de evasión especulativa, una voluntad incondicional de penetración.

De ahí que resulte tan equívoco contraponer—como se hizo con frecuencia—la "profundidad nórdica" y la "superficial facilidad latina". Para movernos aquí con cierta firmeza, habría que determinar previamente qué significa lo *profundo*. Pues, evidentemente, no se identifica con lo abstracto, ni con lo asépticamente especulativo. ¿Es más profundo Durero que Velázquez; Beethoven que Miguel Angel? A todas luces no se trata aquí de condiciones opuestas, sino de características diferentes que muy bien podrían ser complementarias.

El hombre mediterráneo posee indudablemente un poder singular para penetrar intuitivamente en las realidades humanas más profundas y dar expresión cabal y directa a estas intuiciones. Cuando se lee a Homero, Sófocles, Virgilio, Dante, Cervantes, Calderón, etc., sorprende la aparente facilidad con que convierten en algo inmediato lo que alienta en las capas más profundas del ser. Fué un germano enamorado de Grecia el que acuñó la honda frase: "Wer das Tiefste gedacht liebt das Lebendigste." "El que piensa lo más profundo ama lo más viviente."

No puede haber escisión entre lo viviente y lo profundo, a no ser que se interprete a éste como algo abstracto.

GOETHE Y SU CONVERSION AL CLASICISMO

El Goethe impetuoso del *Sturm und Drang*, que había entonado un himno ferviente al goticismo de la catedral de Estrasburgo y había dejado en el *Werther* dramática constancia de su indecisa actitud entre el romanticismo abrupto que practicaba y el clasicismo sereno que añoraba, se decide a emprender un viaje a Italia. Durante los años inmediatamente anteriores al mismo (1775-1886) había temperado su explosiva actitud de "Stürmer" en la corte mesurada de Weimar, de la que fué consejero y ministro. La sombra benéfica de la señora de Stein actuó sobre el ímpetu hirsuto del joven Goethe como una benéfica cura de "ifigenismo". Sin embargo, sólo el contacto con todo lo que significa Italia de encarnación y punto de encuentro del espíritu mediterráneo podrá decir Goethe que "la venda se le cayó de los ojos". Ortega y Gasset afirmó en una ocasión que el período de Weimar—con su academicismo cortesano—constituyó un freno excesivo en la carrera del Joven Goethe, llamado por sus cualidades—románticas y clásicas a la par—a crear la verdadera literatura alemana, que no era, como pudo parecer en principio, la del *Sturm und Drang* (ímpetu y desmesura), sino la del *Sturm und Mass* (ímpetu y medida). A propósito de esta observación orteguiana indica Fernando Vela con perspicacia que, tal vez, lo genuinamente germánico sea esa nostalgia clasicista que tensó la obra toda de Goethe y orientó sus pasos hacia Italia. De hecho este viaje, iniciado el 3 de septiembre de 1786, tuvo en principio caracteres de verdadera fuga, por cuanto Goethe debió liberarse de los mil lazos que lo retenían en busca de la libertad de su espíritu excesivamente atormentado. El deseo de visitar Italia se había agudizado hasta extremos casi patológicos. El mismo Goethe escribirá desde Roma el 1 de noviembre de 1786 esta confesión: "Sí, los últimos años llegó a ser esto una especie de enfermedad, de la cual sólo la visión y la presencia podía curarme: al final ya no podía ver un libro latino o la reproducción de algún lugar italiano."

La lectura de su *Viaje italiano* nos hace ver paso a paso cómo este espíritu, liberado de la banalidad de las oficinas de Weimar, fué satisfaciendo a plenitud su capacidad prodigiosa de asimilación. Desde las construcciones renacentistas de Vicenza, obra de Palladio, hasta los templos de Pestum y Grigenti, en Sicilia, Goethe saturó su amplia sensibilidad con la riqueza expresiva del mejor Clasicismo. Nada extraño

que, en vez de los dos meses programados en principio, haya durado este viaje casi dos años: septiembre de 1786 a junio de 1788. Este largo contacto con un país que sabe exponer a viva luz, bajo el horizonte abierto de un cielo sin sombras, mundos insospechados de vida profundísima, debía por fuerza, significar un giro sensible en la actividad intelectual de un hombre tan flexible como Goethe. Esta prolongada experiencia de una vida de noble distensión en un campo de realidades abrumadoramente densas y significativas permitió descubrir a Goethe la superioridad de la verdadera intuición realista sobre la mera especulación y el sentimentalismo opaco y subjetivista. Esta penetración en los objetos hondamente expresivos y, como tales, profundos le descubrió el poder de la forma, entendida no como mera figura esquemática, sino como principio entelequial de configuración interna: "forma acuñada que se desarrolla de modo viviente". El Clasicismo aparece así en su verdadero rostro, como vida contenida; tanto más bulleante cuanto más precisa y lograda es la forma en que se expresa. Se comprende el cambio que destacan los historiadores entre el carácter fluyente y ambiguo de las primeras creaciones goethianas (*Goetz von Berlichingen*, *Werther*, el primer *Fausto*) y el equilibrio y robustez de las últimas obras (segunda parte del *Fausto*; el *Wilhelm Meister*).

Con razón pudo uno de los editores del *Viaje italiano* afirmar que se trata de "un verdadero viaje formativo en el más alto sentido del vocablo: formación no como amontonamiento de saber erudito, sino como desarrollo armónico de la personalidad. Fué un salirse del aislamiento, del hundimiento en el propio yo; un abrirse al mundo".

Esto explica la sorpresa de los contemporáneos de Goethe cuando éste a su regreso publica una obra antípoda del *Werther*: *Ifigenia en Tauris*, cuya figura principal ejerce sobre las demás, con su paradigmática ecuanimidad, un influjo semejante al que había ejercido sobre él durante el período de Weimar (1775-1786) la llamada segunda Carlota.

Este giro trascendental en la biografía de Goethe halla su expresión y condensación poética en la estructura de su obra más genial y representativa: el *Fausto*. No en último término radica aquí la causa de su difícil intelección. La imagen del Goethe romántico a ultranza se interpone con excesiva fuerza entre el lector y esta obra abierta a mundos tan considerablemente diversos como el nórdico y el mediterráneo.

neo. Fausto es el poema del hombre que lucha entre el afán de acoger la vida infinita en el cuenco de una reducida mano de hombre y la vieja máxima que en el interior nos invita a una actitud de mesura. "Renuncia; tienes que renunciar", susurra una y otra vez Mefistófeles al oído del inquieto Fausto, lanzado por él a la acción y al recurso violento del placer. Fausto, inquieto, acaba por rendirse al poder seductor de la acción incesante que jamás cae en la debilidad de decir a la hora huidiza: "¡Detente, tú que eres tan bella!" Pero he aquí que en la segunda parte, cuajada de simbolismos, Fausto sale en busca de Elena, símbolo de belleza serena, y consagra sus afanes a una acción útil: desecar un pantano pestilente. Es ahora, ante la utilidad de un sacrificio, cuando en su espíritu, atormentado por el cambio de lo que inexorablemente no puede sino pasar, se alza el deseo y la súplica de que la hora se detenga. La unión de Elena—poesía clásica—y Fausto—poesía alemana del período tormentoso—tiene como fruto a Euphorion, la poesía nueva del *Sturm und Mass* (impulso y medida). Tras la primera parte de búsqueda angustiada, implacable e irredenta, la segunda parte nos trae un horizonte de posible equilibrio y de paz. Entre ambas medió un largo camino que tuvo en Roma su punto crucial. El drama de este penoso peregrinar hacia las regiones de la luz lo expuso de modo inigualable uno de los mejores amigos y colaboradores de Goethe: Schiller. "Si hubieseis nacido griego o al menos italiano, vuestro camino se habría abreviado; desde el principio habríais visto y concebido los objetos en su forma más perfecta; pero habiendo nacido alemán, con vuestro genio griego en medio de esta aurora boreal, no os quedaba otra alternativa que ser un artista del Norte o dar a vuestra imaginación por un esfuerzo del pensamiento lo que la realidad le había negado, y engendrar desde vuestro propio fondo y por vía racional una nueva Grecia." En el último Goethe se advierte una profunda nostalgia por el país del color: "Kennst du das Land wo die Citronen bühn?" "¿Conoces tú el país donde florece el limonero?"

HOLDERLIN

Tal vez ningún poeta haya encarnado de modo tan extremadamente agudo como éste el drama típico de la poesía alemana, presa en el torbellino de una voluntad tempestuosa en lucha con un deseo imposible de perfección formal. Frente al caos que diluía

a los hombres contemporáneos, que se le antojaban como "trozos de un vaso roto", Hölderlin veía en Grecia el ideal de la unidad y la armonía. Hölderlin vivió esta tensión hacia el ideal con todo su ser, en una forma de verismo frenético que lo llevó a la locura. Mejor que en otro alguno, se cumplen en él las palabras de Sieburg: "Cuando el alemán está poseído por el ideal de la forma en tanto que valor supremo, una especie de demencia divina se apodera de él; entonces libra contra su propia y específica esencia una lucha furiosa, de la cual tenemos más de un ejemplo sublime. El ideal antiguo de la plenitud griega desempeña entonces un papel alucinante. Su obra más característica, *Hiperion*, nos muestra a un griego moderno que, en alas de su nostalgia por la Grecia clásica, es llevado a la acción bélica para acabar, desengañado, entregándose en brazos de la naturaleza.

BACH, HANDEL, MOZART, BEETHOVEN

La influencia recibida por estos cuatro colosos de parte italiana es claro indicio del enorme poder y el hechizo profundo que ejerce el talante mediterráneo sobre el genio nórdico.

Todo buen melómano guarda con respetuoso dolor la noticia de la ceguera del anciano maestro de Leipzig provocada por las largas noches de vela consagradas a copiar a la luz de la luna las partituras de los conciertos del italiano Vivaldi. La emoción profunda, el ritmo ágil, la dicción nítida de esta música veneciana darían al pesado estilo nórdico esa alada flexibilidad que sólo Bach supo conjugar con la más honda y minuciosa técnica contrapuntística.

Antes de llegar al centro de su definitiva consagración—Londres—, Händel pasó por la cátedra de Roma. Allí pudo conocer de cerca a los mayores representantes del Arte italiano, tales como Archangelo Corelli, Alexandro Scarlatti y Domenico Scarlatti. Su duelo virtuosista con este último constituyó un acontecimiento resonante en la vida musical romana. Como es sabido, Händel se alzó con el cetro absoluto en la ejecución del órgano, y Domenico Scarlatti en la del clavecín. Con mayor perfección que ningún otro, supo Händel asimilar la bella línea de los grandes oratorios italianos y aprender la lección de equilibrio que en ellos late entre la robustez arquitectónica y la elegante expresividad de lo *cantabile*. Sin

duda alguna, la luminosidad intensa del barroquismo händeliano se debe al viaje que en 1706 emprendió ilusionado al país de la luz.

Todavía muy joven, Mozart realiza el suspirado viaje a Italia (1769-1771). Estudia con el famoso padre Martini—a quien le unía gran amistad—, cosecha éxitos apoteóticos con sus óperas al modo italiano y adquiere para su futuro estilo una elegancia y rapidez en el decir que harán de sus obras un modelo eterno de galanura.

Respecto al genio de Bonn, quisiera recordar la sorprendente semejanza que ofrecen en algunos aspectos ciertos cuartetos de su última época con los Concerti Grossi italianos.

WINCKELMANN Y LA ESTÉTICA MODERNA

Un capítulo decisivo en la Historia de la Estética es el constituido por las investigaciones arqueológicas realizadas en suelo italiano a partir del año 1500, y que culminaron en los famosos descubrimientos de Herculano y Pompeya a comienzos del siglo XVIII. El contacto directo con las obras maestras recién descubiertas permitió a mentes perspicaces, como Winckelmann, abrir nuevas rutas a la especulación estética. No puede hablar de Arte, advertía indignado este escritor, el que pasa fugazmente por esta tierra en que la belleza estableció su morada. Por diversas vías—no todas legítimas—estos tesoros fueron trasladados a otros países europeos que sufrieron a su contacto la conmoción radical que provoca la presencia de lo originariamente bello.

Por lo que toca al momento actual, no deja de ser significativo que ciertos centros artísticos influyentes, como la famosa abadía de María Laach, no cultiven sino el estilo bizantino y el románico, por una voluntad expresa de esencialidad y penetración.

EL TURISMO ACTUAL

La promoción social de las masas y los progresos técnicos han hecho posible algo que está tomando dimensiones insospechadas: las vacaciones. Núcleos extensos de población amplían cada año su horizonte vital, haciendo suyos unos días modos de vida sensiblemente distintos. Este intercambio puede provocar fenómenos adversos al progreso verdadero de

los pueblos, tales como la pérdida de las costumbres, usos autóctonos y peculiaridades específicas. El intercambio puede en principio ser un factor de nivelación, y ésta no engendra sino formas precarias de unidad. La verdadera unidad es fruto de una labor tenaz de integración que opera sobre cualidades irreductibles, pero complementarias.

Esta labor es posibilitada ampliamente por el intercambio turístico cuando las gentes que abandonan sus hogares no se mueven por un banal afán de constatar ideas preconcebidas sobre los pueblos visitados, sino con una generosa plasticidad de espíritu que sabe abrirse a lo nuevo y reconocerlo como tal. En este caso, la superación de las fronteras nacionales puede significar la ruptura definitiva del apego aldeano a las propias posesiones y posiciones, así como la adopción de una actitud arraigada, pero abierta a algo que está por encima de los mezquinos intereses humanos, es decir, abierta a los grandes valores, de los cuales cada pueblo suele encarnar un aspecto bien cualificado.

Cuando el canciller Conrad Adenauer regresó de su primer viaje oficial a los Estados Unidos fué abordado ávidamente por los periodistas en el aeropuerto. Con su característico ritmo lento y su palabra precisa, el anciano estadista afirmó: "Si Adolfo Hitler hubiese hecho una gira de siete días por los Estados Unidos de América, jamás hubiera iniciado la guerra." A continuación, el entonces ministro de Defensa, J. Strauss, manifestó a los periodistas que para valorar a Norteamérica hay que cambiar de escala; la impresión primera que se recibe al visitarla es de anonadamiento. Causa escalofrío pensar que unos días de bella vacación a través de un país de privilegio hubieran podido evitar la mayor conmoción bélica que ha sufrido hasta el presente la Humanidad. Conocer los países ajenos es presupuesto fundamental para amarlos y para respetarlos, aunque sólo sea con el respeto del temor.

Practicado con las debidas condiciones, el turismo es una forma de diálogo que incrementa en los hombres la capacidad de apertura, por una parte, y de acogimiento, por otra. El que se abre y el que acoge se hacen el obsequio mutuo de la confianza. Cuando ésta florece en fidelidad, los hombres dan un paso de gigante hacia la madurez. No en vano todas las grandes culturas han situado la hospitalidad en el ápice de las virtudes humanas.

